



Capítulo 59

Tan pronto como Alon lanzó la «Lanza de cristal congelada», pudo percibir los efectos del hechizo.

Aunque el área era solo de unos 10 metros de radio, no especialmente grande, el efecto del espacio era la conversión inmediata de una ley fundamental.

Al igual que el agua fluye naturalmente hacia abajo, una ley tan obvia que rara vez se cuestiona, en este espacio esas reglas ya no se aplicaban.

La ley de la «Lanza de Cristal Congelada» era simple: todo lo que se encontrara dentro del espacio se congelaría.

Sin excepciones. El hechizo era una ley absoluta, promulgada por la voluntad del lanzador.

Sin embargo, el hechizo de Alon apenas duró seis segundos antes de desaparecer.

Desde el principio, esta magia no era algo que se le debiera haber permitido, ni en términos de poder mágico ni de conocimiento.

Pero incluso con solo seis segundos de manifestación, Alon logró lo que deseaba.

Sintió un hilo de sangre que le brotaba de la comisura de la boca mientras miraba al frente.



Allí se encontraba un Dios Exterior.

Kailas, congelado en azul y desmoronándose en pequeños pedazos.

«... Qué lamentablemente débil es este cuerpo», murmuró.

Su cuerpo estaba lejos de ser normal. Sus brazos ya estaban destrozados y sus piernas se desmoronaban.

«Ja... me has dado bien».

Sin embargo, a pesar de su estado, Kailas sonreía.

La expresión severa que había mostrado momentos antes parecía una mentira mientras sonreía a Alon.

«Si hubiera estado en mi verdadera forma, capaz de manifestarme plenamente y usar la magia correctamente, tu torpe hechizo no habría sido rival para mí. Pero...».

Lo dijo con un toque de pesar y luego añadió:

«Las especulaciones no significan nada».

Justo cuando estaba a punto de responder al siguiente comentario de Alon,

«Tienes razón, insignificante. O más bien...».



Con una risita,

«... Mago. Admito mi derrota».

Con esas últimas palabras, se desintegró por completo, dejando solo su ropa.

Y entonces...

«Hoo...»

Exhalando un pequeño suspiro que se volvió blanco en el aire frío persistente, los mercenarios miraron fijamente al conde Palatio, que había derrotado al Dios Exterior con nada más que un cuerpo humano.

Una sensación que no podían reprimir comenzó a extenderse entre ellos.

Poco después de la destrucción de Kailas, los mercenarios, que habían estado mirando a Alon con ojos llenos de asombro, celebraron brevemente su supervivencia. Luego, se pusieron rápidamente a trabajar para organizar la situación.

En cuanto a Alon, se desplomó en el acto.

Así pasó el día.

Cuando Alon, que había perdido el conocimiento como si le hubieran apagado un interruptor, despertó, recibió una noticia moderadamente buena.



Era que tanto Myaon como Argonia seguían con vida.

Myaon había vomitado sangre, pero con la ayuda de una poción, podía moverse hasta cierto punto. El mayor problema era Argonia.

Aunque había sobrevivido al impacto directo de la magia del Dios Exterior, incluso con la dureza y la capacidad regenerativa características de un semidragón, apenas se aferraba a la vida, poco más que un cascarón medio muerto.

Era prácticamente imposible sacarlo del laberinto en ese estado.

Por supuesto, Alon tampoco estaba en condiciones de salir del laberinto caminando.

«Hoo...».

Obligándose a calmar su respiración temblorosa, Alon miró su mano izquierda.

Todo su brazo izquierdo se había vuelto de un azul enfermizo, como si estuviera congelado.

Por su aspecto, se preguntó si sería necesario amputarlo.

Sin embargo, no era solo su brazo. Aunque su brazo izquierdo estaba en peor estado, varias partes de su cuerpo ya estaban adquiriendo un color azulado, como si estuvieran cubiertas de moretones. Afortunadamente, esto no se debía a la congelación, sino a un síntoma de envenenamiento por maná.



«No tengo fuerzas», pensó Alon, dejando escapar un pequeño suspiro mientras miraba su brazo, que permanecía completamente inmóvil, como si no tuviera sensibilidad. Pronto se recostó en la cama improvisada. Esta situación era previsible, teniendo en cuenta la cantidad de poción de maná que había consumido.

«Tengo suerte de que haya terminado así», pensó. Entre los efectos del envenenamiento por maná, la parálisis nerviosa debida a la sobrecarga de maná era relativamente leve. Tardaría algún tiempo, pero se curaría de forma natural.

Sin embargo, si hubiera sufrido daños permanentes en su núcleo de maná o si el maná hubiera inundado su corazón, provocándole una esclerosis cardíaca, podría haber muerto en el acto.

«Hoo...», exhaló Alon, agradecido de estar vivo, justo cuando la tienda temporal se abrió y Rine entró con su habitual expresión severa.

«¿Está bien, padrino?», preguntó ella.

«Es solo un poco difícil debido al envenenamiento», respondió Alon.

«Qué alivio», dijo Rine.

Se produjo un breve silencio. Alon la miró. Ella seguía con su habitual expresión severa, pero Alon percibió una ligera incomodidad en ella.

«Antes, aunque fuera tan directa, podíamos mantener una conversación natural...».



Hoy, sin embargo, parecía poco dispuesta a hablar. Justo cuando Alon pensaba romper el silencio él mismo, Rine tomó la palabra.

—Padrino.

«¿Qué pasa?».

«Perdóname, pero ¿puedo preguntarte algo?»

«Pregunta lo que quieras».

Tras un breve momento de vacilación, preguntó: «¿Por qué me ha salvado?».

«¿Por qué?».

«Sí, ¿por qué me salvaste?».

«... ¿Por qué me preguntas eso de repente?».

«En aquel entonces, en aquella situación, no fui especialmente útil».

Al oír sus palabras, Alon la miró. A pesar de su rostro impasible, sus ojos reflejaban claramente la pregunta, como si realmente no entendiera por qué había actuado así.

Alon recordó de repente que Seolrang le había hecho una pregunta similar, y una sensación de injusticia brotó en su interior.



«¿Cómo me ve la gente? ¿De verdad parezco un villano? ¿Por qué todos piensan que los salvé solo para utilizarlos de alguna manera?».

Aunque los había salvado como parte de su objetivo mayor de eliminar a los Cinco Pecados Capitales, Alon nunca había esperado nada a cambio. Como mucho, había esperado un poco de buena suerte o quizás un regalo de cumpleaños un poco más elegante.

Sintiéndose agraviado, Alon se obligó a sentarse en la cama improvisada y comenzó a hablar.

«Rine».

«Sí, padrino».

«No sé qué piensas de mí, pero no te acogí para utilizarte».

«¿Ah, sí?», respondió Rine con voz ligeramente temblorosa.

Al ver su respuesta, Alon no pudo evitar sentir que ella realmente había pensado así. Continuó.

«Te considero parte de mi familia».

«¿Familia...?»

«Sí. Una familia que se ayuda mutuamente en momentos de necesidad. Nuestra relación no se basa en el beneficio o la necesidad. Por lo tanto, salvarte no tiene ningún significado especial. Lo hice porque...».



Suspiró y añadió: «... simplemente es lo más natural. Igual que tú me salvaste a mí».

«Oh», murmuró Rine, abriendo ligeramente los ojos ante las palabras de Alon. Aunque permaneció tan inexpresiva como siempre, sus ojos transmitían claramente que su sinceridad había llegado a ella.

«Recuerda esto, Rine. No estamos en una relación unilateral. Si realmente quieres hacer algo por mí, solo recuerda mi cumpleaños o algo así».

Después de añadir ese pequeño toque de egoísmo, Alon la miró. Rine, que lo había estado mirando fijamente con expresión ausente, finalmente sonrió, y por primera vez se le escapó una pequeña sonrisa en la comisura de los labios.

«... Entendido, padrino».

«Eso es todo lo que quería oír».

Sintiendo que por fin había logrado convencerla, Alon asintió ligeramente con la cabeza. Tras una breve conversación, Rine se marchó y Alon cerró los ojos.

Solo llevaba despierto una hora, pero su frágil cuerpo, aún sin recuperarse del todo, ansiaba descansar.

Cinco días después.

En el Quinto Nivel, donde solo existía un cielo azul y no se distinguía entre el día y la noche, Alon finalmente se había recuperado lo suficiente como para volver a moverse.



«¿Puedes moverte?», preguntó.

«Hasta cierto punto», fue la respuesta.

«... Impresionante», pensó Alon, mientras Argonia, que se había recuperado de forma notable gracias a su monstruosa resistencia, se preparaba para abandonar el laberinto.

Tras dos días más de escalada por el oscuro abismo, finalmente llegaron a la salida.

«¡Lo logramos!», exclamó Argonia, inusualmente animada.

Por fin habían regresado al exterior del laberinto.

Habían pasado tres días desde que regresaron a la ciudad laberíntica de Lartania.

Alon no podía irse porque aún se estaba recuperando, pero a medida que los rumores y elogios hacia el grupo de trabajo que derrotó al Dios Exterior se extendían por Lartania, la historia comenzó a llegar lentamente más allá de la ciudad.

Cuando Alon terminó su tan necesario descanso en el edificio que Rine poseía, Merde, confirmó que sus síntomas de envenenamiento por maná habían mejorado considerablemente. Inmediatamente comenzó a prepararse para



partir. En realidad, quería quedarse y relajarse un poco más, pero quedarse demasiado tiempo en Merde seguramente sería una carga.

Así que, antes de regresar con Evan, Alon compartió una última comida con Rine.

«Padrino», dijo ella.

«Sí, ¿qué pasa?».

«¿Cuándo es tu cumpleaños?»

Alon se detuvo un momento y, tras pensarla un poco, respondió.

«Mi cumpleaños... es el 25 de septiembre».

«El 25 de septiembre... Ya veo», respondió Rine.

Tras terminar la conversación, concluyeron su última comida.

«Bueno, supongo que nos volveremos a ver cuando llegue el momento», dijo Alon.

«Sí, padrino. Nos volveremos a ver», respondió Rine.

«Muy bien», dijo Alon, despidiéndose definitivamente antes de subir al carruaje para regresar a la finca del conde.



Cuando el carroje comenzó a moverse, Evan se volvió hacia él.

—¿Conde?

«¿Sí?»

«Debes de estar deseando que llegue el año que viene».

«¿Esperar con ansias qué? Ah, ¿mi cumpleaños?».

«Sí».

«No espero mucho. Después de todo, ya tengo mucho».

«Oh, vamos, los regalos formales de los amigos son diferentes de los que te darán los niños».

«... Bueno, sigo sin esperar demasiado», respondió Alon, pero, contrariamente a sus palabras, en realidad estaba un poco emocionado.

De hecho, lo había estado esperando desde el momento en que Rine le preguntó por su cumpleaños.

... ¿Vino, tal vez? No, Rine se dedica a los artefactos, así que tal vez me regale algo útil. Aunque eso podría ser un poco caro, así que tal vez se decida por algo más razonable...

Con estos pensamientos en mente, Alon ocultó su creciente emoción tras una expresión tranquila, imaginando qué regalos podría recibir en un año.

Mientras tanto, poco después de que Alon se marchara, Rine se sentó en su oficina dentro de Merde. Contempló el carroaje de Alon mientras se alejaba en la distancia.

«Un regalo... Un regalo para quien me aceptó como parte de su familia...».

Sus ojos se desplazaron para enfocar un lugar en particular.

Ante su vista se alzaba un único edificio: el castillo de Lartania, hogar de lord Lucimore Grace, gobernante de Lartania y único habitante autorizado a residir allí.

«Hay algo... ahí».

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Rine.